

24 DE AGOSTO DE 2026.

DIPUTADA VALERIA SANTIAGO BARRIENTOS.

PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO.

PROCLAMA HISTÓRICA DEL DOCTOR MIGUEL ÁLVAREZ DEL TORO.

Muy buenas tardes a todas y a todos. Con su venia Doctor Eduardo Ramírez Aguilar, Gobernador Constitucional del Estado de Chiapas. Diputada Alejandra Gómez Mendoza, Presidenta de la Mesa Directiva del Honorable Congreso del Estado. Doctor Juan Carlos Moreno Guillen, Magistrado Presidente del Tribunal Superior de Justicia y del Consejo de la Judicatura, autoridades militares y por supuesto al Biólogo Carlos Alberto Guichard Romero, nuestro galardonado. Hay hombres cuya vida puede contarse a partir de fechas, cargos y reconocimientos. Hay otros, sin embargo, cuya verdadera historia se encuentra en aquello que fueron capaces de transformar y en la huella que dejaron para quienes vinieron después. Don Miguel Álvarez del Toro pertenece a estos últimos. En un día como hoy, pero de hace 109 años, nació en Colima. En 1932 se trasladó con su familia a la Ciudad de México, donde cursó la secundaria y la preparatoria en el colegio Morelos. Desde muy joven mostró una extraordinaria curiosidad por la vida silvestre, observaba a los animales en su ambiente natural y leía cuanto podía acerca de sus características y comportamiento. Así, mucho antes de recibir reconocimientos o dirigir instituciones, se convirtió por esfuerzo propio en un naturalista y zoólogo autodidacta.

En 1938 colaboró con la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia como colector y científico y posteriormente trabajó en el Museo de la Flora y Fauna de la Ciudad de México, primero como técnico taxidermista y después como subdirector. Pero sería en 1942 cuando su historia personal quedaría unida para siempre a la historia de Chiapas. Ese año llegó a nuestro Estado atendiendo una convocatoria del entonces gobernador Doctor Rafael Pascacio Gamboa, para incorporarse como zoólogo general al naciente Departamento de

Viveros Tropicales y Museo de Historia Natural. Llegó a Chiapas para desempeñar un trabajo, pero encontró aquí el lugar al que entregaría su vida. Esta tierra lo cobijó y él correspondió haciéndola su hogar, su causa y la gran obra de su vida. Tras el fallecimiento del profesor Eliseo Palacios Aguilera, don Miguel asumió en 1944 la dirección de aquella institución y permaneció al frente de lo que posteriormente sería el Instituto de Historia Natural hasta agosto de 1996. Fueron más de cinco décadas dedicadas al conocimiento y protección de una de las regiones con mayor riqueza natural de México. En aquellos años diseñó y construyó el primer zoológico regional del Estado y el Museo de Historia Natural en el entonces Parque Madero. Décadas después, entre 1979 y 1980, diseñó y coordinó la construcción del ZOOMAT, centro de conservación y reserva natural, dentro de la reserva natural, el Zapotal en Tuxtla, Gutiérrez, este terminaría llevando justamente su nombre. El Zoomat se convirtió en una institución diferente porque detrás de su concepción existía también una manera distinta de entender a los animales, no como objetos de exhibición, sino como seres vivos que debían ser conocidos, respetados y conservados. Don Miguel hizo de la observación conocimiento, del conocimiento conciencia y de esa conciencia una vida entera dedicada a proteger, escribió obras fundamentales para el conocimiento de nuestra fauna, entre ellas los animales silvestres de Chiapas, los reptiles de Chiapas, las aves de Chiapas, los Crocodilia de México y los mamíferos de Chiapas. Publicó cerca de un centenar de artículos científicos y de divulgación participó en congresos y sociedades científicas nacionales e internacionales y su conocimiento trascendió las fronteras de nuestro Estado y de nuestro país al formar parte de grupos especializados en primates, cocodrilos y aves, rapaces de la Unión Internacional para la conservación de la naturaleza y los recursos naturales. Su conocimiento, sin embargo, nunca permaneció únicamente entre las páginas de los libros, lo llevó una y otra vez al campo. Entre 1968 y 1971 desarrolló con apoyo del Fondo Mundial para la vida silvestre un proyecto para la reproducción controlada del cocodrilo de pantano, asesoró instituciones, universidades, zoológicos, centros de investigación y proyectos de manejo de fauna silvestre y acompañó la formación de nuevas generaciones de estudiosos de la naturaleza, porque don Miguel no solamente investigó, también enseñó.

Y quien verdaderamente enseña no deja únicamente conocimientos, deja una parte de sí mismo en quienes aprendieron a su lado. A su alrededor se formaron investigadores, biólogos y conservacionistas que aprendieron de su manera de observar la naturaleza y que con el paso de los años continuaron trabajando por la biodiversidad chiapanecas. Uno de ellos se encuentra aquí presente el Biólogo Carlos Alberto Guichard Romero, nuestro galardonado.

Los reconocimientos llegaron como consecuencia de aquella trayectoria, recibió el premio Chiapas, la medalla José Emilio Grajales, la medalla Alfonso L. Herrera, al mérito en ecología y conservación, el reconocimiento de la sociedad Zoológica de Chicago y el premio Polgery para la conservación de la naturaleza, otorgado por el Fondo Mundial para la Naturaleza. También recibió el grado de doctor Honoris Causa por el Colegio de Posgraduados de Chapingo y por la Benemérita Universidad Autónoma de Chiapas. Existieron reconocimientos que llevaron su nombre más allá de una medalla o un diploma. La Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México dio su nombre a un laboratorio de fauna silvestre y desde 1980 el ZOOMAT, Centro de Conservación y Reserva Natural, lleva también el nombre de Miguel Álvarez del Toro. Su nombre quedó así, unido a dos espacios donde su vocación permanece viva, uno dedicado a estudiar la fauna y otro a conocerla, protegerla y conservarla. Pero sería injusto medir su vida por la cantidad de premios que recibió, porque sus reconocimientos pueden guardarse en una vitrina, pero su verdadera obra está viva. Está en el ocote, está en el triunfo, está en la encrucijada, está en la sepultura, está en (inaudible) Bélgica espacios cuya conservación impulsó incansablemente y que hoy resguardan una parte invaluable de nuestra flora y de nuestra fauna. Ahí está su obra y también está en el Zoomat, en sus libros, en las especies que estudió, en las instituciones que ayudó a construir y en las generaciones de científicos y conservacionistas que encontraron en él un maestro y un ejemplo a seguir. Porque el verdadero legado de una persona no termina cuando termina su vida, permanece cuando sus ideas sobreviven, cuando las instituciones que ayudó a construir siguen cumpliendo su

propósito. Cuando alguien abre uno de sus libros y encuentra conocimiento donde antes había una pregunta.

Cuando un joven biólogo entra a una selva chiapaneca para estudiar una especie, cuando quienes alguna vez fueron sus discípulos se convierten en maestros y entregan a otros aquello que un día recibieron de él, entonces entendemos que don Miguel nunca se fue del todo. Don Miguel nos enseñó que nuestra extraordinaria biodiversidad no podía darse por sentada, que conocerla era indispensable para defenderla y que conservarla significaba asumir una responsabilidad con quienes todavía no habían nacido. Por eso su nombre trasciende a la persona Miguel Álvarez del Toro sembró en Chiapas una manera de conocer, respetar y proteger la naturaleza. Y lo extraordinario de aquella siembra es que después de muchas décadas todavía sigue dando frutos. Hoy, cuando este honorable congreso recuerda su vida y honra su memoria, no recordamos solamente al zoólogo, al naturalista, al investigador o al conservacionista. Recordamos al hombre que llegó a Chiapas en 1942 y decidió hacer de esta tierra su causa. Al hombre que recorrió nuestros bosques y selvas, que estudió nuestra fauna, que levantó instituciones, que formó generaciones, que alzó la voz para proteger aquello que todavía podía salvarse y que dedicó más de medio siglo a una convicción que hoy sigue interpelándonos que la naturaleza recibimos, que la naturaleza que recibimos no es únicamente nuestra, también pertenece a nuestros hijos, a nuestros nietos y a generaciones de chiapanecos que todavía no han nacido. Don Miguel falleció el 2 de agosto de 1996 y por voluntad propia sus cenizas fueron esparcidas en la reserva de la biósfera El Ocote y quizá ningún otro lugar podía ser más suyo. Después de una vida entera caminando entre la naturaleza, estudiándola, defendiéndola y enseñándonos a quererla, don Miguel eligió volver a ella quiso que su último destino no fuera un monumento, sino aquella tierra que durante tantos años luchó por conservar.

Pero su historia no terminó aquel día sigue viva en cada rincón del Zomat, en cada especie que ayudó a conocer y conservar, en cada área natural que defendió, en cada investigador que aprendió de su obra y en cada generación que comprende que amar a Chiapas también

Significa cuidar sus bosques, sus selvas, sus animales y toda esa vida extraordinaria que hace única nuestra tierra. Ese es el legado de Miguel Álvarez del Toro, un hombre que nació en Colima, pero que eligió a Chiapas para entregar su vida, un hombre al que Chiapas abrió sus puertas y que respondió dedicándole más de medio siglo de trabajo. Y un hombre que aún después de su partida permanece entre nosotros, porque hay vidas que terminan y hay obras que no mueren. Esa es la dimensión del hombre cuyo nombre lleva esta medalla y esa es la dimensión del ejemplo que hoy honramos. Es cuanto, presidenta, muchas gracias.